

Epstein, Jason, *La industria del libro. Pasado, presente y futuro de la edición*, Barcelona, Anagrama, 2002.

Reseña elaborada por  
HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Reseña

Un siglo se ha cerrado y en la medida que nos alejamos de él adentrándonos en el actual la memoria despierta para recuperar el pasado recién desvanecido. El recuerdo de quienes de forma directa participaron en los acontecimientos es el más inmediato y asume así la función de testimonio que busca conservar y transmitir los hechos vividos. Testimonio que a su vez se matiza con el color personal, es decir, con las características individuales del testigo. Estas características individuales son las que le permitieron actuar de determinada manera en los acontecimientos de los que da testimonio, y a la vez las que le permiten dar su versión muy propia de los hechos. Ello explica por qué en términos históricos dos individuos que vivieron el mismo acontecimiento pueden dar versiones incluso distintas, una de las cuales puede ser declaradamente pesimista, mientras la otra optimista. La objetividad tiene sus ambigüedades y servidumbres respecto de la subjetividad. Esto queda claramente ilustrado con dos libros de reciente publicación: *La edición sin editores* de André Schiffrin y *La industria del libro. Pasado, presente y futuro de la edición* de Jason Epstein, libro este último que motiva nuestra reseña. Ambos textos buscan dar testimonio de los avatares de lo que fue la edición en los Estados Unidos durante la pasada centuria desde el punto de vista de dos editores privilegiados, Schiffrin y Epstein, quienes trabajaron para algunas de las más importantes editoriales (ambos para Random House). Desde esa atalaya narran las dramáticas transformaciones que han llevado la edición estadounidense a las puertas de ese vertiginoso viaje sin retorno hacia el futuro, el cual representa algo inédito respecto a la edición en el pasado. Tanto el uno como el otro se autorretratan como editores con pinceladas clásicas evitando el dibujo abstraccionista que difuminaría sus perfiles personales. Ambos son producto de la gran escuela de editores que comenzó a forjarse en la década de los años veinte (que es de hecho el momento que marca el sólido nacimiento de la edición en Estados Unidos) y que alcanza su etapa de esplendor en el periodo de entreguerras.

El autorretrato de Schiffrin y Epstein tiene como paisaje de fondo a una pujante e innovadora escuela de editores y, por consiguiente, el esplendoroso desarrollo de la edición estadounidense. Cabe señalar que ese desarrollo se corresponde con la aparición de una generación de intelectuales notables que encontraron cauce natural para su ingenio precisamente en la expansión creativa de la edición, lo que a su vez estaba en consonancia con el periodo de auge del país. Ello deja en evidencia la interacción de todos los procesos sociales, dentro de los cuales se desenvuelven los relacionados con el universo de los libros; es más, en sociedades de cultura escrita articuladas por el *orden de los libros* todo lo relacionado con éstos desempeña un rol muy importante

en la construcción de las formas de organización social. De ahí el papel crucial que juega la edición en el desenvolvimiento cultural de los Estados Unidos durante gran parte del siglo XX. Pero ese panorama comenzó a cambiar radicalmente en las últimas décadas del siglo como producto de la reconfiguración del capitalismo a partir de las nuevas tecnologías, lo que produjo nuevas formas de organización social y del trabajo que impactaron hasta el fondo a la estructura de la industria editorial. Esto significó un cambio de raíz en el concepto de la edición y, por lo tanto, en el papel desempeñado por el editor, tal como lo vivieron y practicaron Schiffrin y Epstein. Por eso el libro de cada uno es el testimonio nostálgico de la edición tal como ellos la entendieron y ejercieron, pero también es una despedida a la época dorada de la edición en su país (a semejanza de la novela de Robert Graves, ambos editores muy bien pudieron haberle puesto como subtítulo a sus libros: *Adiós a todo eso*). Pero esa nostalgia sigue un sesgo diferente en cada uno: en Schiffrin es pesimista y en Epstein optimista. El primero resuelve su pesimismo resistiendo en la última barricada de la edición tradicional por medio de la fundación de pequeñas editoriales independientes; mientras que el segundo sobreponiéndose a su melancólico adiós a todo eso, deja ver a cada momento su optimismo. Como la senda del pesimismo de Schiffrin la recorrí en la reseña correspondiente de su libro (véase *Investigación bibliotecológica, CUIB-UNAM, vol. 14, núm. 28, julio-diciembre 2000*), me encamino ahora por la de Epstein para comprender las razones de su optimismo.

Después del capítulo inicial en el que hace un balance de la situación actual de la edición tradicional en Estados Unidos y que deja como diagnóstico su irreversible decadencia pasa, en los capítulos siguientes, a hacer la crónica autobiográfica de sus andanzas por la industria editorial. Así, nos enteramos de sus inicios como redactor en la editorial *Doubleday* en donde creó la colección "Anchor Books", piedra de toque del libro comercial de calidad. Estas actividades pusieron en evidencia su talento como editor creativo y revolucionario, aspectos que distinguirían su larga trayectoria en la industria editorial.

Aquí cabe traer a colación la ilustrativa anécdota que él mismo refiere sobre como llegó a ese oficio: cuando era estudiante universitario de literatura soñaba con dedicar su vida a ella y mientras escribía su obra decidió que el mejor trabajo que podía hacer era precisamente dentro de la industria editorial, lo que le permitiría estar en contacto directo con el universo de la literatura; sin embargo, nunca dejó de concebir esa actividad como un mero trabajo. Y he aquí la parte reveladora y conmovedora de la anécdota: hace hincapié en que al no sentir que su objetivo último fuera la permanencia en ese trabajo, tuvo siempre las maletas listas para partir en cualquier momento, lo que finalmente le permitió no anquilosarse y entregar lo mejor de sí mismo.

Posiblemente el sentimiento de arraigo sea una parálisis para la creatividad, mientras la extranjería su fuerza motriz. En el caso de Epstein lo que motivó su salida de *Doubleday* fue el haber propuesto para su publicación la mítica novela de Vladimir Nabokov *Lolita*, libro de eléctrico contenido erótico.

Como los tiempos cambian, hoy en día es un privilegio editar esa novela. En la editorial que encontró posterior acomodo fue en la poderosa *Random House*, en donde llevó a cabo sus más ambiciosos proyectos de edición como la *Library of America* dedicada a los mejores clásicos norteamericanos y *The reader's Catalog* el precursor de la venta de libros *on-line*.

Pero una sombra se cernía sobre la industria del libro mientras Epstein llevaba a cabo sus proyectos de edición y los ponía en entredicho: los nuevos tiempos del capitalismo, que fueron detectados por él en la década de los años ochenta observando el crecimiento de los suburbios de las ciudades. Esto implicó que los consumidores de libros se desplazaran hacia zonas exteriores de la ciudad, hasta donde fueron acompañados por los grandes centros comerciales en los que se establecían librerías cuyo criterio de venta era el propio del centro comercial: vender grandes cantidades de libros netamente comerciales; esto es, *best-sellers*. Mientras tanto las librerías de catálogo selecto que quedaron olvidadas en la ciudad, comenzaron a cerrar. Esa misma presión comercial hizo que las editoriales privilegiaran la publicación de *best-sellers*, lo que significó una reconstitución de todo el circuito de producción, distribución y consumo del libro, e inició la decadencia de la edición tradicional.

Ahora bien, esto que detectó Epstein como causa de las crisis de la industria del libro no es más que la superficie del problema, y por ello su enfoque explicativo del problema parece haberse quedado corto, cosa que no le sucedió a Schiffrin, quien tuvo más agudeza para entrever que el problema implicaba causas más radicales, como es la transformación estructural del capitalismo, el que a partir de la tecnología cibernética comienza su metamorfosis hacia otra configuración: la sociedad de la información. El cambio es tan profundo que ha acabado por afectar los fundamentos de una industria editorial que se había constituido así desde los tiempos de la imprenta de Gutenberg. Mas es precisamente esa crisis la que motiva el optimismo de Epstein.

Al igual que sucede con la mayoría de los optimistas de las nuevas tecnologías Epstein sólo aprecia la parte positiva, que es de antemano la única que quiere ver. Al ser un pionero de la venta de libros *on-line* Epstein entendió las implicaciones que ello tendrá para una industria editorial varada en una serie de trabas y rémoras que la incapacitan para adaptarse a las transformaciones de los nuevos tiempos. Lo positivo para él es que la tecnología cibernética por medio de Internet hace prescindible a la industria editorial, o cuando menos limita grandemente sus anquilosadas funciones, y eso produce un acercamiento no mediado entre el escritor y sus lectores. Nos encontramos así con el argumento base de los apologetas de Internet: la democracia de la información, que además está libre de las censuras y controles gubernamentales. Aquí también Epstein desbarra por la superficie del problema, que no radica en el flujo irrestricto de la información sino en la democracia y la información misma. Sabemos que la auténtica democracia ha sido sólo un ideal que los antiguos griegos heredaron a las sociedades posteriores para que soñaran con un mundo mejor.

Aunque es cierto que por las características de las ciudades estado griegas fue ése el momento en que más cerca se estuvo de la realización del ideal democrático, lo que le marcaba límites irremontables era que la democracia únicamente la ejercían los hombres libres, y por tanto quedaban excluidos las mujeres, los niños y los esclavos. Las sociedades contemporáneas dada su desmesura poblacional y el poder omnipotente del Estado nacional, no permiten la realización auténtica de la democracia, que queda restringida al ritual electoral. En cuanto a la información, los fotones de luz que la contienen y que viajan a través de la fibra óptica para acabar centellando en una pantalla de computadora sólo son datos, no son en término epistemológico conocimiento, e incluso, su excesiva cantidad y fácil acceso producen una sobresaturación que bloquea su uso realmente cognoscitivo y de original creatividad. Por otra parte, Epstein en ningún momento se detiene a considerar que Internet es producto del desenvolvimiento histórico tecnológico del capitalismo y que por tanto responde a la lógica propia de este sistema, lo que por otra parte significa que las formas mentales y de conducta de los individuos conformados bajo la normatividad homogenizadora y mercantil repercuten en la producción y recepción de información que fluye por Internet, de ahí las contradicciones y trivialidades que en abundancia se encuentran en ese medio: gajes de la “democracia”.

Pese al optimismo que Epstein muestra respecto al futuro de la edición a través de Internet no deja de evidenciar que finalmente es un hombre que pertenece a una tradición y, por tanto, tiene la certeza de que partes importantes del pasado sobrevivirán, como queda de manifiesto en estas bellas y sentidas palabras: “Sin embargo, una civilización sin libreros es inimaginable. Como los santuarios y otros lugares de reunión sagrados, las librerías son componentes esenciales de la naturaleza humana. El tacto de un libro cogido de una estantería y sostenido en la mano es una experiencia mágica que une al lector y al escritor”. No es excesivo deducir, a contrapunto del propio Epstein, que es en la certeza que tiene sobre la necesidad y sobrevivencia de esa experiencia mágica donde se encuentra su verdadero optimismo.

